

abogados de Madrid debieron librar una de sus más duras batallas por la consecución del derecho a cumplir con su deber: el de rendir homenaje a sus colegas en los que sintieron agredida toda la profesión.

El ministro de Gobernación, incapaz de evitar lo sucedido al haber asegurado hasta aquí la impunidad de las bandas fascistas armadas, estimuladas incluso con hechos como la puesta en libertad de los asesinos de Montejurra, ha mostrado una mezquindad escandalosa e indignante. Cuando el decano del Colegio reveló a la corporación de abogados, reunida en asamblea, que el señor Martín Villa había prohibido la instalación de la capilla ardiente, por "hallarse en posesión de informaciones fidedignas según las cuales podría producirse una tragedia aún mayor que él no podría evitar", la asamblea prorrumpió unánimemente en un grito indignado: "¡Dimisión!". El decano anunció que a él no le impresionaba desobedecer esa prohibición, pero que sí le impresionaba la idea del macabro espectáculo de un enfrentamiento con la fuerza pública, con los cadáveres por medio. Fueron necesarias horas y horas de negociación, así como la mediación de la oposición democrática ante el presidente del Gobierno, para que se obtuviera la autorización de instalar la capilla ardiente durante un tiempo limitado a 3 horas. La amenaza de la Junta de Gobierno del Colegio de acusar a través de los medios de comunicación "a quien, incapaz de haber evitado lo ocurrido es capaz, en cambio, de impedirnos cumplir con nuestro deber", y la decisión de la asamblea de abogados y magistrados de considerar la mezquina actitud del Gobierno como una ofensa y un enfrentamiento a toda la corporación, pudieron vencer la resistencia del Gobierno. Pero no bastaron, sin embargo, para arrancarle el reconocimiento del derecho y del deber del pueblo de Madrid a llevar a hombros hasta su última morada a los que se habían erigido en abnegados defensores de los derechos de los ciudadanos y de los trabajadores madrileños. Pero el pueblo de Madrid impuso su derecho y su deber, en una marcha impresionante hacia los cementerios.

El miércoles, 26 de enero de 1977, Madrid recuperó el derecho de usar el título que le diera nuestro camarada, el gran poeta francés Paul Eluard, de "capital del dolor y de la gloria".

ALBERTO DUERO



## Más de 200.000 personas en las Salesas

Los féretros, cubiertos de claveles rojos, salieron del Colegio de Abogados, a hombros de letrados y obreros. Eran las cuatro y quince de la tarde. Y el aspecto de la plaza de París realmente impresionante. Allí esperaban, en un absoluto y respetuoso silencio, unas doscientas mil personas que se habían ido congregando en las inmediaciones del Colegio de Abogados desde primeras horas de la mañana.

Momentos antes habían abandonado el edificio de las Salesas los familiares de nuestros camaradas asesinados. La multitud les recibió prorrumpiendo en aplausos que fueron cortados, a instancias del servicio de orden que el Partido había formado, con cerca de tres mil militantes. Y unos minutos antes, los cientos de coronas de flores enviadas por todos los partidos políticos de la oposición, por asociaciones de vecinos, amas de casa, movimientos democráticos, trabajadores de distintas ramas y empresas, organizaciones del Partido...

En medio del impresionante silencio y en un perfecto orden, la comitiva avanzó hacia la calle Génova. Tras los féretros, los familiares, conteniendo a duras penas las lágrimas, la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados, presidida por su decano, don Antonio Pedrol Rius, y junto a nuestro secretario general, Santiago Carrillo, y otros miembros del Comité Ejecutivo, Francisco Romero Marín, José Sandoval, Marcelino Camacho, Jaime Ballesteros, Pilar Brabo, etc., dirigentes de

otros partidos políticos de la oposición democrática: Joaquín Ruiz-Giménez, Enrique Tierno Galván, Valentín Paz Andrade, Antonio García Trevijano, Eurico de la Peña, Javier Alvarez Dorronsoro, Manuel Guedan...

La multitud, puño en alto, inició la densa marcha hasta llegar a la calle Génova. Y allí, los féretros fueron introducidos en los coches funerarios para su traslado a los cementerios de la Almuñeda y de Carabanchel, tras pasar lentamente por la plaza de Colón, completamente abarrotada de gentes que se habían sumado para un último adiós.

La entrada del cortejo fúnebre en los cementerios fue acogida por multitud de personas con aplausos y con los puños en alto. En el de Carabanchel fueron sepultados Francisco Javier Sauquillo y Enrique Valdevira. Entre el dolor de los familiares y de los camaradas reunidos en torno a las tumbas, un sacerdote pidió a todos, en nombre de la familia de Sauquillo, rezar un responso en el que "todos, creyentes y no creyentes, estuvieran unidos, como lo estaban por la libertad".

Antes de abandonar el lugar, nuestro camarada Simón Sánchez Montero, del Comité Ejecutivo, se dirigió a los miles de personas presentes. "Los que han asesinado a nuestros camaradas —dijo— tienen como único objetivo ensangrentar a España e impedir la democracia. No caeremos en esa trampa porque queremos una España democrática y libre".

### EN LA ALMUDENA

Otras muchas decenas de miles de ciudadanos se concentraron en los cementerios de la Almuñeda y el Civil. En el primero recibió sepultura el camarada Angel Rodríguez Leal, trabajador despedido de Telefónica. En un ambiente de profunda emoción, mientras alguien desplegaba una bandera del Partido Comunista y muchos asistentes lloraban, Marcelino Camacho destacó que Angel había muerto por la libertad, la democracia y el socialismo. Expresó el deseo de los trabajadores de que Rodríguez Leal sea el último de los suyos que caiga víctima del fascismo.

Manuel GRANDE

### UN ABOGADO DE DERECHAS

En los pliegos de pésame, cubiertos por decenas de miles de firmas, uno de nuestros corresponsales leyó una tarjeta con el siguiente texto:

"Adolfo Rodríguez Jurado Spínola, abogado. Un compañero vuestro de derechas que lleva de rodillas este espantoso crimen".